

El benemeritazgo de don Alejandro Aguilar Machado

Fabio Fournier J.

Cuando cursaba yo la escuela primaria mi familia vivía dos cuadras y media al oeste del Parque Central, junto a la casa que ocupaba mi abuelo don Mateo Fournier y Hecht, cartógrafo, buen dibujante y mejor músico, compositor de obras que hasta hace pocos años todavía se ejecutaban por las bandas militares. A una cuadra hacia el este vivía otro gran artista, músico también, don Alejandro Aguilar Mora, don Cano como cariñosamente le llamaban sus conocidos, buen amigo de mi abuelo.

Fue por ello que empecé a oír hablar de los hijos de don Cano, a quienes mi abuelo y toda su familia admiraban como jóvenes de extraordinaria cultura. El mayor de los varones, don Alejandro Aguilar Machado, era un brillante estudiante en la Escuela de Derecho, ya con reputación de buen orador, y sus hermanos menores, don Jorge y don Guillermo, eran dos notables estudiantes de música que fueron a perfeccionarse a Europa. El último, muy joven aún, regresó para conmovido a nuestro modesto ambiente cultural con su virtuosismo y dominio magistral de piano.

Mi abuelo, mi padre, y mi tío Ricardo, cuyas conversaciones oía yo con extraordinario interés, decían que en aquella familia, padres e hijos hacían recordar a las grandes figuras del Renacimiento. Entonces no podía yo alcanzar el significado de aquellos juicios por mi escasa cultura y por mi pobre conocimiento de la Historia.

Pero pasaron unos pocos años e ingresé al Liceo de Costa Rica, donde recibí lecciones inolvidables de los mejores educadores de aquella época: don Carlos Gagini, don Juan Dávila, don Fidel Tristán, don Napoleón Quesada, don Clodomiro Picado, don Enrique Jiménez Núñez, don Emael Jiménez, don René Van Huffel y tantos y tantos otros grandes profesores que fueron los responsables de la formación de muchas generaciones de jóvenes. El Liceo

era entonces más que un colegio de Segunda Enseñanza, una verdadera Universidad que se proyectó en las vidas de miles de jóvenes, estimulándolos siempre a ampliar su cultura y a definir sus vocaciones.

Para los que teníamos alguna inclinación por la Historia es difícil que en otro lugar del mundo hubiéramos encontrado profesores tan eminentes como los que ahí nos dieron sus lecciones: don Juan Dávila, don Alejandro Aguilar Machado, don Teodoro Picado, don Hernán Peralta, y nuestro profesor de Matemáticas, pero muy condecorador de la Historia Patria, don Ricardo Fernández Peralta.

Fue ahí que mi camino en la vida se había de cruzar por primera vez con la de don Alejandro Aguilar Machado. Sus lecciones nos ofrecían algo más que recuentos interesantes de los procesos históricos. Eran análisis profundos de la psicología y de la cultura de los pueblos que más han influido en el desarrollo de la humanidad y sus exposiciones y comentarios de los procesos históricos cuadros vivos de aquellos episodios, que deslumbraban nuestra imaginación y se grababan indeleblemente en la memoria. Sus comentarios sobre la actuación de los grandes hombres y mujeres de la historia eran retratos animados de aquellos personajes, profundos estudios críticos de sus acciones, de sus éxitos, de sus errores y fracasos.

Y entonces vine a saber en sus propias lecciones lo que había sido el Renacimiento, aquella época que se inició en el Siglo XV y en que los grandes ingenios europeos trataron de ahondar en todos los procesos culturales de la Antigüedad y de la Edad Media y de estimular el cultivo de las Ciencias, las Artes y las Letras, proceso que dio como resultado un florecimiento inmediato y extraordinario de todas las ramas del saber y de la cultura humanística de Europa. Entonces comprendí por qué en mi casa se decía que la familia de don Cano Aguilar era una típica familia del Renacimiento.

Ahora, cuando nos reunimos los viejos discípulos del Liceo a hacer recuerdos de nuestra vida en aquella noble casa, la figura de don Alejandro Aguilar Machado y sus enseñanzas siempre están en nuestro corazón y en nuestro pensamiento y su nombre viene a los labios para recordar a uno de los grandes valores de Costa Rica que más ha hecho por la educación de sus jóvenes y por la exaltación de los grandes valores humanos.

Su benemeritazgo que acaba de decretar la Asamblea Legislativa ya había sido decretado antes por todos y cada uno de los millares de costarricenses que fuimos sus alumnos, porque el bien que él nos hizo no fue transitorio. Sigue actuando en nuestras vidas. Sigue actuando en la vida de la República.

Y los que tomamos de su mano la antorcha de la labor docente para dar alguna luz a las generaciones que nos han sucedido no hemos hecho sino acatar el mensaje que él nos diera mientras fuimos sus alumnos de no desmayar en ningún momento en la más noble empresa humana, la de superar constantemente nuestra cultura para transmitirla a los jóvenes y la de estimularlos para que se cultiven sin cesar a fin de que la futura historia de la patria sea la de un proceso de ininterrumpido renacimiento y exaltación de sus valores morales, cívicos, artísticos y culturales.

Por todo ello es que, al manifestarse el reconocimiento oficial de la República por la extraordinaria labor cumplida por este gran costarricense, somos muchos sus discípulos de ayer y de siempre los que nos solidarizamos con tan merecido homenaje y le decimos a nuestro maestro:

Por lo que ha hecho Usted por el engrandecimiento intelectual de nuestro país, por el bien que dejó en el alma de cada uno de quienes tuvimos el privilegio de recibir sus enseñanzas, nuestra profunda y eterna gratitud, don Alejandro.